

Una ciudad ideal

Julio Verne



Julio Verne realiza una exposición sobre su ideal de ciudad y de los valores ciudadanos, en calidad de director de la academia de Amiens, en un discurso ante la citada academia en el año 1875.

Asociación literaria y cultural sin ánimo de lucro creada en el 2012
en Palma de Mallorca, España.

En colaboración con:

Sociedad Hispánica Jules Verne

Agradecemos la colaboración prestada por <http://jv.gilead.org.il/zydorczak/ideal-fr.html>, que ha contribuido con las imágenes que se reproducen en este libro.

Una ciudad ideal

Jules Verne



Señoras y señores:

engañan la bondad de permitirme faltar a todos los deberes de un director de la Academia de Amiens que preside una

Así general, al reemplazar el discurso habitual por el relato de una aventura de la que fui protagonista. Me disculpo por adelantado, no solamente ante mis colegas, cuya benevolencia jamás me ha faltado, sino también ante ustedes, señoras y señores, cuya expectativa va a verse frustrada.

Asistí, a principios del mes pasado, a la entrega de premios del Liceo. Allí, sin abandonar mi butaca, guiado por el profesor Cartault, luego devenido en colega nuestro, he dado un paseo por el viejo Amiens, tan maravillosamente poetizado por el hábil lápiz de Duthoit. De esta excursión a través de la pequeña Venecia industrial que los once brazos del Somme forman en el norte de la ciudad, no me habían quedado más que bellos recuerdos.

Volví a mi casa, en el bulevar Longueville, cené, me acosté, me dormí.

Hasta aquí, nada más natural, y es probable que ese día todas las personas virtuosas se hayan conducido de esta manera, que es la correcta.

Tengo la costumbre de levantarme temprano. Ahora bien, por una circunstancia que no podría explicar, me desperté al día siguiente muy tarde. La aurora había sido más madrugadora que yo. ¡Debí haber dormido al menos quince horas! ¿A qué se debía esta prolongación del sueño? ¡No había ingerido ningún somnífero al acostarme! ¡No había cerrado los ojos leyendo un discurso oficial...!

Sea como sea, el sol ya había pasado el meridiano cuando me levanté. Abrí la ventana. Hacía buen tiempo. ¡Creía que era miércoles...! Era domingo, evidentemente, porque la multitud de paseantes atestaba las calles. Me vestí, comí en un santiamén y salí.

Durante esa jornada, señoras y señores, debía yo «marchar de sorpresa en sorpresa», para recordar uno de los raros juegos de palabras que ha pronunciado Napoleón I.

Ustedes juzgarán.

Apenas hube puesto el pie en la acera, fui asaltado por una nube de pilluelos que gritaban: «¡El programa del concurso! ¡Quince centavos! ¿Quién quiere el programa?».

—Yo —dije, sin reflexionar mucho en lo que este gasto podía tener de imprudente.

Es que la víspera, en efecto, había pagado precisamente en la caja del recaudador de impuestos el importe de mis cotizaciones personal y mobiliaria. Y, en verdad, estoy, como tantos otros, tan singularmente cotizado mobiliaria y personalmente que el precio del programa amenazaba consumir mi ruina.

—¿De qué concurso se trata? —pregunté a uno de los niños que me rodeaban.

—¡Del concurso regional, mi príncipe! —respondió uno de ellos—. ¡Hoy es la clausura!

Dicho esto toda la banda se esfumó.



Me quedé solo con mi principado de ocasión, que me había costado apenas tres monedas.

¿Pero qué era entonces ese concurso regional? Si no me engañaban los recuerdos, ¡debía haber cerrado hacía dos meses! Era evidente que el muy pillo me había timado vendiéndome un programa viejo.

Sea como sea, lo tomé con filosofía y continué mi camino.

Llegado que hube a la esquina de la calle Lemerchier, ¡cuál fue mi asombro cuando vi que esta calle se extendía más allá de donde alcanzaba la vista! Divisaba ahora una larga serie de casas, las últimas de las cuales desaparecían tras la prominencia de la costa. ¿Me encontraba, pues, en Roma, a la entrada del Corso? ¿Iba a dar este Corso a los nuevos bulevares? ¿Había brotado allí un barrio, como un criptógamo, con sus mansiones y sus iglesias, y esto en el transcurso de una sola noche?

Así debía ser, porque vi ómnibus, ¡sí, ómnibus!, —línea F. de Notre Dame aux Réservoirs— ¡que remontaban la calle con sus cargas de viajeros!

«¡Pardiez —me dije—, voy a preguntarle al encargado de la concesión qué significa todo esto!».



Me dirigí al puente que uno de nuestros antiguos colegas ha tendido con tanta elegancia sobre el ferrocarril de la Compañía del Norte.

¡El encargado, ausente! ¿Por qué esta ausencia? ¿Acaso, desde ayer, la concesión habría sido trasladada al nuevo re-

cinto de los bulevares? Ya me enteraré. Si no hay encargado en el extremo sur del puente, al menos hay un mendigo en el extremo norte y este buen hombre me dirá...



Me acerqué. Pasaba un tren, marchando a poca velocidad. El maquinista estremecía el aire con los pitidos de la locomotora y purgaba los cilindros con un estruendo ensordecedor.

Acaso fuese una ilusión óptica, pero me parece que los vagones estaban contruidos a la americana, con pasarelas que permitían a los viajeros circular de un extremo a otro del tren. Procuré leer las iniciales de la Compañía que están pintadas sobre las paredes de los coches; pero en lugar de la N de Norte, ¡vi la P y la F de Picardía y Flandes! ¿Qué

significaba esta sustitución de letras? ¿Es que, por ventura, la pequeña Compañía había absorbido la grande? ¿Acaso tendríamos ahora vagones caldeados, incluso cuando hiciese frío en el mes de octubre, contrariamente a las disposiciones reglamentarias? ¿Acaso tendríamos compartimientos convenientemente desempolvados? ¿Acaso se venderían boletos de ida y vuelta, como en la buena estación, entre Amiens y París?

¡Éstas fueron las principales ventajas de la absorción de la Compañía del Norte por la Compañía de Picardía y Flandes que primero acudieron a mi mente! ¡Pero no podía detenerme en estos detalles de una inverosimilitud tan absoluta! Corrí al extremo del puente...

¡Ni rastro del mendigo! El hombre de los pies hacia fuera y la barba blanca, que funciona con una velocidad de cincuenta golpes de sombrero por minuto, ya no estaba allí.

¡Yo habría creído todo, señoras y señores, sí, todo, antes que la desaparición de este mendigo! ¡Me parecía parte integral del puente! ¡Ah! ¿Por qué no estaba allí, en su sitio de costumbre? Dos escaleras de piedra, de doble revolución, reemplazaban ahora a los senderos que, ayer solamente, daban acceso a los jardines, y con la afluencia de gente que las subía y las bajaba, ¡cuánto hubiese recaudado el mendigo!

La moneda que pensaba depositar en su sombrero se me cayó de la mano. ¡Al tocar el suelo, la moneda devolvió un sonido metálico, como si hubiese golpeado un cuerpo duro y no la tierra blanda del bulevar!

Bajé la mirada. ¡Una calzada, adoquinada con pórfido, cruzaba transversalmente el paseo!

¡Qué cambio! ¿Esa esquina de Amiens ya no merecía el nombre de «pequeña Lutecia»? ¡Cómo! ¿Podríamos pasar por allí, los días de lluvia, sin enlodarnos hasta las pantorrillas? ¿Ya no chapotearíamos en ese barro arcilloso tan odiado por los nativos de Henriville?

¡Sí, fue con voluptuosidad que puse el pie en ese pavimento municipal, preguntándome, señoras y señores, si los alcaldes, gracias a alguna nueva revolución, eran nombrados desde ayer por el ministro de Obras Públicas!

¡Y eso no era todo! ¡Los bulevares, aquel día, habían sido regados a una hora elegida juiciosamente —ni muy temprano ni muy tarde—, lo que impedía al polvo producirse y al agua esparcirse en el momento en que afluían los paseantes! ¡Y las contracalles, asfaltadas como las de los Campos Elíseos en París, presentaban un suelo agradable al pie! ¡Y había bancos dobles con respaldo, uno junto a cada árbol! ¡Y estos bancos no estaban contaminados por el descaro de los niños ni el desparpajo de las niñeras! ¡Y, cada diez pasos, unos candelabros de bronce sostenían sus elegantes faroles hasta el follaje de los tilos y los castaños!

«¡Dios mío —exclamé—, si estos bellos paseos están ahora tan bien iluminados como están cuidados, si algunas estrellas de primera magnitud brillan en lugar de esos pabillos amarillentos de gas de otros tiempos, todo va a pedir de boca en la mejor de las ciudades posibles!».

La afluencia era enorme en los bulevares. Magníficos carruajes, unos enganchados a la Daumont, otros a rienda suelta, circulaban por la calzada. Me vi en dificultades para pasar. Pero, cosa rara, no reconocí a ninguno de los magistrados, negociantes, abogados, médicos, notarios, rentistas con quienes tenía el placer de encontrarme los días de música; a ninguno de los oficiales, que ya no eran del 72.º, sino del 324.º, tocados con un nuevo modelo de chacó; a ninguna de las bellas damas, ¡sentadas tan indolentemente en los asientos de elástico!

Y, a propósito, ¿quiénes eran esas excéntricas que se pavoneaban en las contracalles, aventajando, con la fantasía de sus vestuarios, los últimos modelos que hubiese visto en París? ¡Miriñaques con flores artificiales, que parecían ramos, situados, un poco bajos quizá, debajo de la cintura! ¡Largas colas, montadas sobre rueditas de metal que mur-

muraban deliciosamente sobre la arena! ¡Sombreros, con lianas enredadas, plantas arborescentes, aves de los trópicos, serpientes y jaguares en miniatura, de los que una selva de Brasil no hubiese dado más que una idea imperfecta! ¡Moños, de un volumen tan embarazoso y de un peso tan considerable que estas gentes elegantes se veían forzadas a llevarlas en una cestita de mimbre, adornada, además, con un gusto irreprochable! ¡Por fin, polacas, cuyas combinaciones de pliegues, cintas, encajes me hubiesen parecido menos fáciles de reconstituir que la misma Polonia!

¡Me quedé allí, inmóvil! ¡Todo este mundo pasaba ante mí como un cortejo fantástico! Observé que no había muchachos de más de dieciocho años ni muchachas de más de dieciséis. ¡Nada más que parejas casadas, tomadas amorosamente del brazo, y un hormigueo de hijos, quizás como jamás se ha visto, desde que las poblaciones se multiplican según la ley del Altísimo!

«¡Dios mío —exclamé de nuevo—, si los hijos consuelan de todo, Amiens es sin duda la ciudad de las consolaciones!».

De pronto, se oyeron unos acordes extraños. Sonaban los clarines. Me dirigí a la tarima carcomida que, desde tiempo inmemorial, tiembla bajo los pies de los directores de banda...



En lugar de la susodicha tarima se elevaba un elegante pabellón, coronado por una ligera veranda, del más encantador aspecto. Al pie del pabellón se extendían amplias terrazas, cuya salida se hacía a la vez sobre el bulevar y sobre los jardines de más abajo. El sótano estaba ocupado por un magnífico café de un lujo ultramoderno. Me froté los ojos, preguntándome si el proyecto Féragu por fin se había realizado para mayor alegría de este bravo artista y si lo había hecho en el corto lapso de una noche, ¡bajo el influjo de una varita mágica!

Pero yo no estaba ya para buscarle explicación a hechos absolutamente inexplicables, que son del dominio de la fantasía. La banda del 324.º interpretaba un fragmento que no tenía nada de humano, ¡pero nada de celestial tampoco! ¡Ahí también había cambiado todo! ¡Ninguna pausa musical en las frases, ninguna cadencia! ¡Nada de melodía, nada de compás, nada de armonía! ¡Lo enrevesado sobre lo inconmensurable, habría dicho Víctor Hugo! ¡Wagner quintaesenciado! ¡Álgebra sonora! ¡El triunfo de las disonancias! ¡Un efecto semejante al de los instrumentos que afinan en una orquesta antes que se den los tres golpes!

¡A mi alrededor los paseantes, parados en grupos, aplaudían como sólo había visto hacerlo en los ejercicios de gimnastas!

«¡Pero es la música del futuro! —exclamé a mi pesar—. ¿Estoy, pues, fuera del presente?».

Así parecía, porque, al acercarme al letrero que contenía la lista de temas musicales, leí este título asombroso:

«N.º 1 – *Fantasía en la menor sobre el Cuadrado de la hipotenusa*».

¡Comencé a inquietarme por mí! ¿Estaba loco? Si no lo estaba, ¿no llegaría a estarlo? Huí, con las orejas ensangrentadas. ¡Me hacía falta el aire, el espacio, el desierto y su absoluto silencio! ¡La plaza Longueville no estaba lejos! ¡Ardía en deseos de encontrarme en ese pequeño Sahara! Corrí hacia allí...

Era un oasis. Grandes árboles daban una fresca sombra. Alfombras de hierba se extendían bajo los macizos de flores. El aire desprendía un aroma agradable. Un bonito arroyo murmuraba a través de toda esta vegetación. La náyade trasmutada de la antigüedad llevaba un agua límpida. Sin desagües hábilmente cuidados, el estanque ciertamente hubiese desbordado e inundado la ciudad. No era agua fabulosa ni cristal hilado ni gasa pintada. ¡No! ¡Era la combinación química de hidrógeno y oxígeno, un agua fresca y potable, plagada de miles de pececitos que, ayer apenas, no hubieran podido vivir ni siquiera una hora! Mojé los labios en esa agua que hasta entonces se había resistido a cualquier análisis y si hubiese estado azucarada, señoras y señores, con la exaltación que me embargaba, ¡lo habría encontrado muy natural!

Miré por última vez la húmeda náyade, como se mira un fenómeno, y dirigí mis pasos hacia la calle Rabuissons, preguntándome si todavía existía.